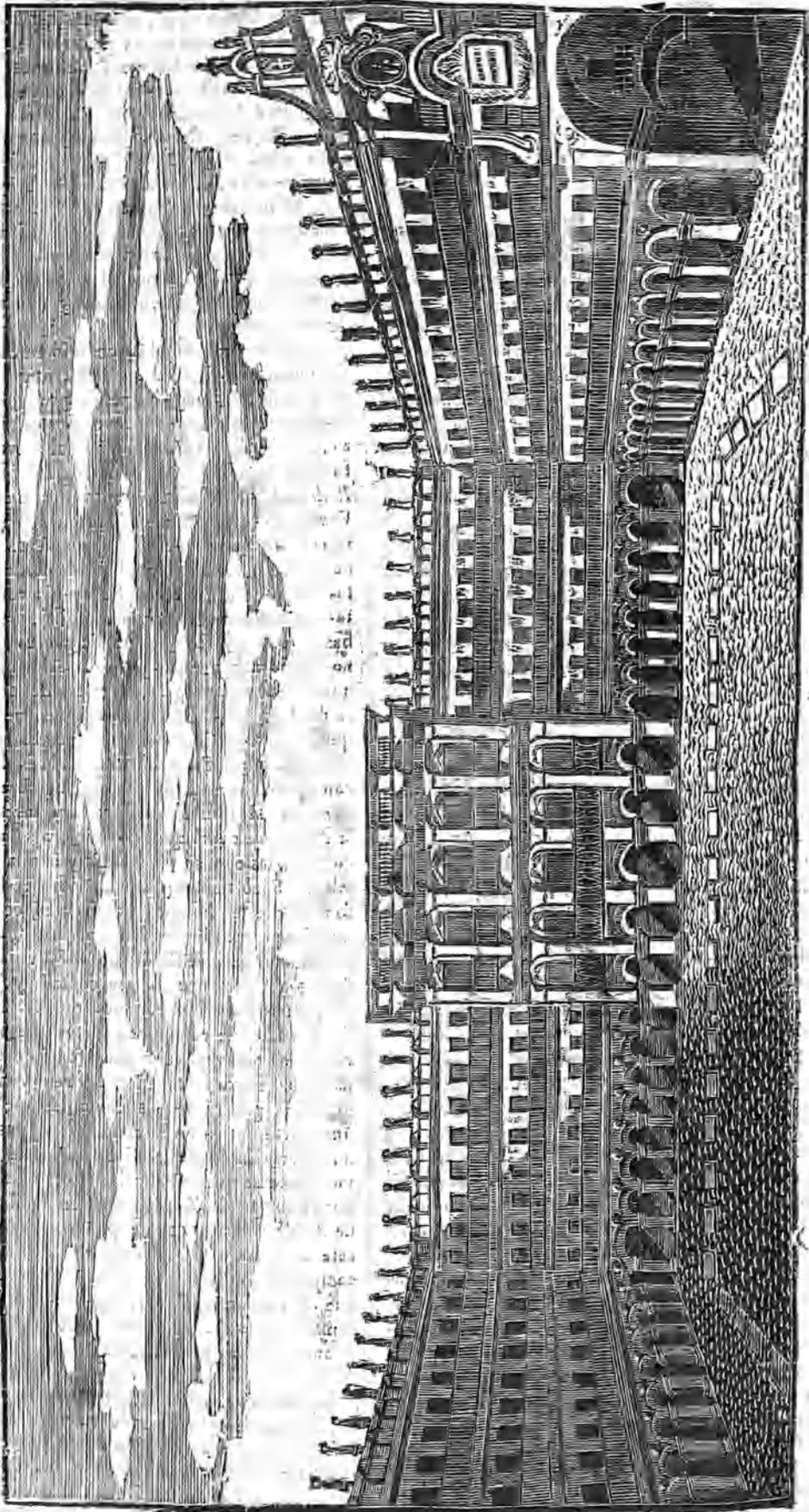


ESPAÑA PINTORESCA.



LA PLAZA DE SALAMANCA.

SALAMANCA.

(Continuación. Véase el número anterior.)



En el año 1147 se reunieron los caballeros de Salamanca, y formando un ejército á sus espensas, salieron á campaña contra los moros de Badajoz; pero careciendo de un jefe que subordinase á tantos nobles rivales y que no conocían superior, no pudieron sostener un encuentro con el rey de Sevilla y fueron completamente deshechos. En el año 1197 se celebró en Salamanca un famoso concilio al que asistieron los obispos de Castilla, Leon y Portugal presididos por un legado del pontífice; en él se declaró incestuoso y nulo el matrimonio de D. Alonso IX con su prima Doña Teresa. El obispo de Salamanca, llamado Don Vidal, se opuso enérgicamente á esta resolución, por lo que incurrió en la ira del Papa, y sufrió notables disgustos.

En el año 1200 se fundó su célebre universidad, rival en otro tiempo de las de Paris, Bolonia y Oxford; es bastante común la opinión de que el estudio general de Palencia fue trasladado por D. Fernando III á Salamanca; pero como consta por documentos auténticos, la universidad de Palencia fue fundada por Alonso VIII de Castilla y la de Salamanca por Alonso IX de Leon, envidioso de la gloria de su rival. La primera no pudo sostenerse por falta de recursos, mientras la segunda floreció cada vez mas favorecida de los reyes y de los pontífices. De ella salieron los que compusieron las tablas alfonsinas y los que tradujeron las obras de Averroes, Avicena y Avenzarque. En el año 1288 entró en esta ciudad y se apoderó de su alcázar D. Lope de Haro que favorecía las pretensiones del infante D. Juan contra D. Sancho IV; D. Lope cometió todo género de tropelias, por lo que indignados los salmantinos se alzaron contra su tirano, y le desalojaron de la ciudad.

En 1310 se celebró el 2.º concilio de Salamanca, en el que se declararon inocentes los caballeros Templarios de toda la Metrópoli Compostelana; sin embargo este orden fue totalmente estinguido y sus bienes confiscados. Un año despues nació en esta ciudad el célebre Alonso XI que tanto contribuyó con su prudencia y valor á dar unidad á la monarquía haciendo respetar el trono. En 1384 se celebró el 4.º concilio salmantino, en el que se dió por nula la eleccion de Urbano VI y por legitima la de Clemente VII dando pábulas al horrible cisma que dividió á la iglesia en el siglo XIV. En el año 1395 vivía en Salamanca el famoso Enrique de Aragon, hermano del Marqués de Villena. Despues de haber hecho rápidos progresos en varias ciencias, y de haber desempeñado el cargo de rector de la universidad, dió en la locura de dedicarse á la nigromancia. De este tiempo traen origen las tradiciones del Negro, de la redoma, de la guerra de Clementin, y de la madre Celestina.

En el año 1411 entró en Salamanca San Vicente Ferrer, del que tantas tradiciones se conservan, y convirtió al Evangelio numerosas familias de judios penetrando en las sinagogas y exponiéndose á la ira de los celosos defensores de los ritos hebraicos. Por este tiempo se edu-

caba en Salamanca el célebre Tostado, doctor en todas facultades, y cuyo nombre es proverbial aun entre el vulgo por la inmensa fecundidad de su pluma. En el año 1423 prendió Juan II por instigaciones de D. Alvaro de Luna al infante D. Enrique; irritados algunos pueblos se alzaron contra su monarca, y pidieron la deposicion de Don Alvaro. D. Alonso Enriquez, almirante de Castilla y partidario del infante, era entonces corregidor de Salamanca; se apoderó de las fortalezas, y alzó el estandarte de la rebelion. El rey vino á Salamanca con el objeto de pacificarla, pero se vió forzado por los rebeldes á retirarse á Cantalpiebra, en donde viéndose solo, consintió en la separacion del privado. En 1431 se celebraron cortes en Salamanca para examinar si era útil la guerra con los moros de Granada; asistieron á ellas muchos esclarecidos varones y eminentes prelados. Se declaró la guerra, y la ciudad contribuyó con lanzas y con una crecida suma de maravedises.

Por los años de 1440 ocurrió en Salamanca un funesto suceso que dividió á sus habitantes por espacio de mas de 30 años. El juego de pelota produjo una acaloradísima disputa entre algunos jóvenes pertenecientes á la nobleza; la decision se encomendó al acero, como era costumbre de aquel tiempo, y sostuvieron el palenque dos *Rodriguez del Mansano* contra dos *Enriquez de Villalba*. Favoreció la suerte á los Manzanos, y sus rivales mordieron la tierra. Huyeron los primeros á Portugal, pero doña Maria de Monroy, llamada desde entonces la *Brazo*, los sorprendió y entró en Salamanca con sus cabezas puestas en una pica. Esta osada mujer, madre de los Villalbas, fue la que dió el grito de guerra, y desde entonces no volvió á haber paz para los salmantinos; el comercio quedó interrumpido, y las calles desiertas y ocupadas solo de cadáveres. Era tal la inseguridad de los habitantes que los dos partidos tuvieron que aislarse y vivir en barrios separados. Estas son las célebres discordias que fueron conocidas en España con el nombre de *Bandas de Salamanca*. Mas hubieran durado estas sangrientas luchas, si *S. Juan de Sahagun* no hubiera sido tan constante en combatir las con su elocuencia y con la uncion de sus palabras. Poco tiempo despues de haber logrado este triunfo murió este hombre admirable, envenenado por una mujer de cuyos brazos habia arrancado á un noble que le amaba con delirio. En el año 1480 visitaron los reyes católicos á Salamanca, la que contribuyó con 100 lanzas y 50 peones para la guerra de Granada.

En 1506 se celebraron cortes en esta ciudad para arreglar las desavenencias que produjo el testamento de doña Isabel sobre la regencia del reino. En el año de 1520 estalló la guerra de las comunidades; Salamanca tomó una parte activa en la rebelion, y puso en campaña en union con Extremadura 6000 peones y 200 lanzas, á cuyo frente se puso Valloria, hatero de oficio. Avisados por el obispo de Zamora salieron á unirse con el ejército de Padilla, pero antes de que pudieran juntarse, se vió este atacado y deshecho por las tropas reales en los campos de Villalar, por lo que los salmantinos tuvieron que desvandarase. Valloria fue ahorcado; Salamanca sin embargo no sufrió ninguna vejacion, porque la nobleza se conservó siempre adicta al monarca. En 1535 entró Carlos I en Salamanca, se dispusieron arcos triunfales, y se fabricó de nuevo la fachada de la puerta de Zamora por la que hizo el emperador su entrada solemne. En 1565 se celebró en esta ciudad un concilio provincial al que asistieron todos los obispos de la Metrópoli Compostelana para ejecutar las disposiciones del concilio de Trento.

En 1600 D. Felipe III y Doña Margarita de Austria visitaron las escuelas de Salamanca, y asistieron á un

grado de pompa alternando en los asientos con los doctores, y recibiendo la propina que suele distribuirse entre estos. Por el mismo tiempo murió en esta ciudad el maestro Francisco Sanchez, llamado el *Brocense*, catedrático de retórica y griego de la Universidad, escritor profundo y original y de una erudición inmensa. En 1611 fueron expulsados del obispado de Salamanca 942 personas por sospechosas de mahometismo. En 1626 el Tormentó salió de madre, y perecieron el convento de los Recoletos, el de las monjas Agustinas, el colegio de niñas huérfanas, el de los Premostratenses de Santa Susana y 500 casas.

En la guerra de sucesión que dividió á la España á principios del siglo pasado, Salamanca se decidió por Felipe V, y sostuvo con valor las embestidas de los aliados. En 1706 fue atacada por los portugueses mandados por Magallanes; se defendió valerosamente por el espacio de algunos meses á pesar de la escasez de sus fuerzas, y de la debilidad de sus muros, pero al fin tuvo que capitular. Poco tiempo después volvió á ser ocupada por el mariscal Armendariz, general de Felipe V; irritados los aliados la atacaron de nuevo; pero no pudieron subyugarla. En 1735 ocurrió el famoso terremoto que hizo sentir sus efectos á varias ciudades de España, y que conmovió profundamente á Salamanca.

Durante la guerra de la independencia Salamanca fue uno de los pueblos que padecieron mas descalabros. Fue ocupada sucesivamente por los generales Lapice, Ney y Marmont; el segundo arrancó á los clérigos de sus hogares y los condujo á Valladolid. En junio de 1812 fue atacada por los ingleses una partida de franceses que estaba posesionada del convento de S. Vicente. Sufrió un bloqueo de 11 dias que ocasionó á la ciudad daños considerables. En julio del mismo año se voló el almacén de la pólvora, y desaparecieron dos calles enteras. En el mismo mes se dió la gran batalla de *los Arapiles*, llamada también de Salamanca, en donde lord Wellington logró una victoria completa, y adornó con nuevos laureles la corona de su gloria. En 12 de noviembre del mismo año volvieron otra vez los franceses y saquearon bárbaramente y contra todas las leyes de la guerra á una ciudad indefensa y en la que entraron sin oposición.

De esta desastrosa guerra trae su principal origen el estado de languidez en que se halla sumida Salamanca en la actualidad: no se da un paso sin tropezar con escombros, ni puede tenderse la vista sin hallar largas y silenciosas calles, en donde se elevan altos paredones que no ocultan ni un solo viviente ni escuchan mas voz que el rugido del viento que los azota. En tiempo de la guerra de la independencia se arruinaron el colegio de Cuenca, el de Oviedo, el del Rey, el de la Magdalena, el de los Verdes, el de Trilogue, parte del del Arzobispo, el convento de S. Agustin, el de S. Vicente, el de la Merced y algunos otros.

A pesar de no hallarse Salamanca en el estado de esplendor en que se encontraba cuando el inmenso concurso de los estudiantes hacia fijar sobre ella los ojos de la Europa y del mundo, es sin embargo muy digna de llamar la atención del sabio por las inmensas riquezas que posee todavía. Esta antigua ciudad de los Veetones está situada á los 41° y 20' de latitud y 12° y 50' de longitud sobre la margen derecha del Tormentó en tres pequeñas colinas, una al S. otra al O. y otra al E. Su perímetro es de 4,415 varas. Las calles son estrechas, tortuosas y y sucias, y las casas antiguas y sin uniformidad.

La plaza mayor es de las mejores de Europa; (1) tiene

un pórtico al rededor con 88 arcos, de los cuales algunos de mayor dimension que los demás sirven de desembocadero á las calles. Consta de 55 casas con tres órdenes de balcones: 83 1/2 en el primer alto, 89 1/2 en el segundo y 89 en el tercero. Es cuadrada y de las dimensiones siguientes; el lienzo que mira al Norte, tiene 91 varas; el del Oeste 99; el del Sur 100 y el del Este 100. La casa consistorial ocupa uno de los frentes de la plaza; está adornada de escudos, columnas, nichos y hojarasca de mal gusto. En el primer cuadro hay 6 columnas de orden corintio y en el segundo cuadró. En las enjutas de los arcos al rededor de la plaza están algunos heros y reyes de España, figurados en bustos de relieve y del tamaño natural. Esta plaza produce un efecto maravilloso cuando está iluminada, por hallarse todos los balcones á nivel y tener igual número de luces. Se empezó la obra en 10 de mayo de 1720 y se concluyó en 5 de marzo de 1733. Las trazas de este edificio las hizo D. Andres Garcia de Quiñones, que empezó á dirigirle. Le continuaron los célebres Lara y Churriguera, y le concluyó D. Gerónimo Garcia de Quiñones, hijo del primero.

Una de las antigüedades mas importantes que hay en Salamanca, y aseso en toda España, es el magnífico puente que se halla á 250 varas de la puerta del rio. (1) Tiene 27 arcos y 423 varas de largo por 8 3/4 de ancho. Una mitad es de construcción romana, y la otra, reedificada en tiempo de Felipe IV, pertenece á época posterior. Divide las dos mitades una torre en pabellon que hace un muy buen efecto. La obra antigua es de una construcción parecida á la de los puentes de Segovia, Mérida y Alcántara; al principio del puente habia antes una piedra informe que figuraba un toro: monumento antiquísimo que ha arrancado la innovadora ilustracion de estos últimos tiempos. Hay tambien algunas de las escitares ó antepedros, que debe ser añadida de época no tan remota como la que la tradicion asigna á esta portentosa obra. Es opinion bastante recibida que fue hecha por Hércules, y reedificada por el emperador Trajano cuando compuso el camino de la Plata, que vá de Salamanca á Mérida; pero es mas probable que la construyera este gran monarca. Cuando se recompuso el puente en 1767, debajo de una losa se encontró encerrada en una caja una medalla de platina, que por una parte tenia la figura de un Hércules con la clava en la mano izquierda, y apoyada la derecha en un pilar. D. Mariano Tejerizo halló otra igual de cobre. Tal vez Trajano haria á Hércules deidad tutelar de esta obra.

(Se concluirá en el número próximo.)

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

(1) Véase el grabado que se dió en el Semanario anterior.

(1) Véase el grabado que vá al frente de este número.



EL HOSPITAL DE LOCOS EN TOLEDO

(Vulgo el Nuncio. (1).)



ignos son por cierto de memoria eterna aquellos hombres benéficos, y verdaderamente amantes de la humanidad, que procuraron por todos los medios posibles dulcificar y hacer menos sensibles los males, privaciones y enfermedades de toda especie á que estan sujetos cuantos habitan en la superficie del globo, y que con el sacrificio de sus rentas, y aun de las casas de su morada, patrimonio de su aboleugo, levantaron y erigieron un sinnúmero de fundaciones á cual mas provechosas.

Entre todos los de esa clase, ningunos de tan honrosa mencion como aquellos que tratan, y es su instituto, remediar al hombre en su situacion mas deplorable, y cuando privado del juicio que le ennoblece y distingue de los brutos, se coloca en nivel aun mas inferior que aquellos. ¡Desgraciada posicion! cuyos lastimosos efectos no pueden menos de arrancar dolorosas sensaciones al que recorre con detenimiento los espaciosos claustros y galerías del santuoso hospital de dementes, que se encuentra en Toledo, cuya vista va al frente de este artículo, y cuya descripcion ocupará su contenido.

Fundó en sus principios vá utilísima hospitalidad por los años de 1485 D. Francisco Ortiz, nuncio apostólico del papa Sixto IV. Para la ereccion de este hospital de dementes alcanzó el fundador facultad apostólica por bula de Sixto IV expedida en Roma en 23 de marzo de 1483, por la que se conceden muchas gracias y privilegios á ese hospital, y posteriormente Julio II dió otra bula ejecutoria sobre lo mismo, nombrando por jueces para llevarlo á efecto al Abad de San Bernardo, prior de la Sile, y Arcediano de Toledo, su data á 23 de junio de 1505, y en su cumplimiento, en el citado año, se hizo la bendicion del hospital, y cementerio por el reverendísimo D. Juan Quemada, obispo de Mitria, con licencia, y siendo Arzobispo de Toledo el gran Cardenal Mendoza.

Comenzó por ese tiempo la hospitalidad y cura de los

dementes en las propias casas de la morada del fundador Ortiz que son las mismas que hoy en Toledo llaman del *nuncio viejo*, é hizo unas constituciones, por las que fijó en 3á el número de pobres que se habian de admitir, y ademas de los dementes quiso se curasen y sostuviesen en ese establecimiento algunos espósitos; mas luego que se llevó á cabo el gran hospital, que á ese efecto fundó el Cardenal Mendoza, determinó que en lugar de los espósitos, se sustituyesen 12 ancianos, que habiendo gozado conveniencias, hubiesen posteriormente llegado á pobreza, á los que llamaban *donados*, cuya hospitalidad cesó hace mucho tiempo por falta de rentas, manteniendo la casa al presente uno tan solo de aquellos, que hace de portero, para conservar la memoria de la primitiva fundacion.

Pasados algunos años, el mismo D. Francisco Ortiz con acuerdo del Cabildo de la iglesia de Toledo, á quien dejó por patron, perpetuo y soberano administrador de la memoria, hizo nuevas constituciones en 5 de junio de 1508, otorgadas ante el notario Juan de las Cuebas, y por ellas, despues de fijar con base sólida las rentas y gobierno de la memoria, añadió al Patronato al ayuntamiento de Toledo, y al pariente suyo mas cercano elegido por el Cabildo, y en junio de este mismo año falleció el fundador, cuyos restos, con los de sus padres, yacen sepultados en la capilla del nuevo hospital, trasladados del antiguo.

A pesar de lo útil y aun necesario de este establecimiento, el sábio D. Juan de Vergara, que á mediados del siglo XVI escribia la historia de Toledo que corre bajo el nombre de Alcozer, se quejaba, y extrañaba el que, á pesar de la utilidad de esta institucion, ninguno hasta su tiempo la habia acrecentado con rentas; habiéndolo hecho con otras obras pias no tan benéficas á la humanidad; y penetrado de esos sentimientos el ilustrado canónigo cuando falleció, que fue por el año 1557, mandó en su testamento toda su hacienda á ese hospital. Lo propio hizo en el siglo siguiente el racionero Alfonso Martínez, que por espacio de 40 años ejerció con los pobres

(1) Vulgarmente se llama así este establecimiento por haber sido su fundador Nuncio del Papa.

dementes (siendo director del hospital) los actos de la caridad mas atendida.

En este estado encontró la memoria en nuestros días el siempre memorable cardenal de *Lorenzana*, arzobispo que fue de Toledo, y advirtiendo lo mezquino del local donde se ejercía la hospitalidad, determinó con sus grandiosas miras el construir á sus espensas un hospital sumptuoso para los dementes, llevando por objeto la salubridad y al propio tiempo la conveniencia de los desgraciados que le habian de habitar. Hizo á ese fin los planes para el edificio el arquitecto y académico de mérito D. Ignacio Haam, y elegido terreno y compradas las casas necesarias se puso la primera piedra en 12 de junio de 1790. Tres años fueron suficientes para su conclusion, habiendo gastado aquel prelado en su fábrica mas de 9 millones de rs., y ya terminada de todo punto, fueron trasladados á ella los dementes en 15 de mayo de 1794.

Este edificio, cuya principal fachada es la que va al frente de este artículo, es de lo mejor construido, y reúne las circunstancias de solidez, comodidad y belleza de tal modo, que es la admiracion de los extranjeros, que han confesado ser en su clase uno de los mas bellos y bien pensados que han visto, despues de recorrida toda Europa.

Su planta es un cuadrilongo de 230 pies de longitud por 220 de latitud. Sus cuatro muros son de piedra labrada en los ángulos, zócalo y cornisamento, y todo el entrepaño es de ladrillo encarnado y raspado que hace la mejor vista. Consta de 2 cuerpos, sin contar los sótanos y demas piezas subterráneas, con sus órdenes de ventanas, adornadas con elegantes y bien trabajados frontispicios.

La fachada principal es imponente: la constituyen 2 cuerpos de arquitectura; el primero de 4 columnas y pilastras dóricas, pareadas y superiores á estas otras de orden jónico, campeando entre sus pedestales una balaustrada de piedra de Colmenar, y termina en una cornisa donde sientan las armas del cardenal, sostenidas por dos robustos mancebos, grupo que en la misma clase de piedra fue trabajado por D. Mariano Salbatierra. En el friso de la cornisa intermedia se lee con grandes letras doradas esta inscripcion latina:

«Mentis integræ sanitati procurandæ

»ædes sapienti consilio constitutæ. Anno domini 1793.

La fachada opuesta del norte ofrece tambien una elegante perspectiva por el juego que hacen las ventanas de todo el edificio, y los arcos y rejas, abrazadas por pilastras dóricas, formando el mejor compartimiento.

La entrada presenta un espacioso atrio, sostenido por cuatro columnas dóricas, y un gran tramo de escalera en el centro que en su remanso se divide en cinco brazos ó ramales, tres al frente y dos á la parte opuesta, sosteniéndose su gran caja en cuatro columnas jónicas; lo que hace que, sacando la del Alcazar, no haya mejor escalera en Toledo.

Lo demas del edificio corresponde en su solidez y cómoda distribución á lo ya descrito. Consta de cuatro patios, cada uno de doce arcos en cada piso, que divide una imposta, y sencillamente adornados. Dos de estos patios son correspondientes á las habitaciones de los espellanes y los restantes al departamento de los dementes, los cuales están esjidos con rejas para mayor seguridad, sirviendo uno para las mujeres y otro para los hombres. Todo al rededor de las galerías estan situados los dormitorios ó jaulas, que son unos pequeños aposentos, en cuanto cabe la cama y una silla. Al lado derecho por dentro tienen su retrete, y por fuera corresponde una puertecilla con su cerrojo, y enclaustra otra proporcionada para darles la

comida, cuando estan furiosos. Los dormitorios de las galerías altas son mas espaciosos.

Tienen ademas dos grandes piezas donde se reúnen, con un fogón ó chimenea cercada de un enrejado que sirve para que, sin riesgo, puedan calentarse en el invierno. Comen en otra pieza grande, que llaman refectorio, y pueden espaciarse en unas hermosas galerías con vista al campo, situadas en la fachada del norte.

La capilla, dedicada á la Visitacion de nuestra Señora, cae en el centro de los cuatro patios. Es de figura oval, y por defuera sobresale circular con una cúpula resguardada con planchas de plomo. Su interior está muy adornado, guardando el óden corintio, con pilastras al rededor, cornisamento, festones y otros adornos elegantemente distribuidos. A un lado y á otro de esta capilla, correspondiendo á los patios, estan dos arcos abiertos en los muros y cerrados con balaustrada, detras de los cuales pueden oír misa, si quieren, los dementes de uno y otro sexo. Lo demas del edificio está cómodamente arreglado, y dispuesto para habitaciones de los dependientes y demas objetos necesarios, con prontas comunicaciones, que facilitan las escaleras escosadas, distribuidas con el mejor acierto y economía.

La direccion de este establecimiento ha estado á cargo del Cabildo hasta el año 1837, y desde entonces corre por cuenta de la junta de beneficencia. Sus rentas bastaban antes, y aun sobaban, para sostener los pobres dementes que contenia la casa; pues los hay tambien que pagan su manutencion. En el día por efecto de las circunstancias se encuentra esta hospitalidad en la mayor miseria, no llegando, ni con mucho, sus rentas á sufragar los gastos; aunque reducidos á la menor espression. Estos, segun el presupuesto aprobado por la junta para el año pasado de 1839, estaban contenidos en la manutencion de 19 pobres dementes, á quienes se les dá diariamente media onza de chocolate, ocho id. de carne, una de tocino, dos de garbanzos, veinte de pan y 12 mrs. diarios para verduras, aceite, etc. Ademas el vestuario interior y exterior, cama y lavado de ropa, lo cual unido á otros gastos indispensables, y á diferentes cargas de justicia que tiene contra si el establecimiento, no llega su total importe á 60000 rs., y las rentas del hospital, segun el citado presupuesto, no ascendieron á mas de 15.110 rs. y 19 mrs. vn.; resultando por consecuencia un deficit considerable, que le ha causado la falta de muchas rentas, entre las que se numeraban cerca de 40.000 rs. en diezmos, que percibia este hospital de la mitra de Tortosa y de préstamos y beneficios.

A pesar de todo, por los desvelos de la junta de beneficencia se conserva la hospitalidad y se dá un trato regular á los infelices dementes; sosteniéndose de estos al presente quince entre mujeres y hombres, y hay ademas nueve pensionistas que pagan su asistencia cada cual segun su posibilidad.

Para el servicio del hospital hay los siguientes empleados: un rector que es eclesiástico, un donado que hace de portero, dos enfermeros para los hombres, y dos enfermeras para las mujeres, una cocinera, una ayudante, sacristan y dispensero, médico, cirujano y dos barberos.

Esta escasez de rentas que queda ya demostrada, ha sido la causa de que en este hospital no se haya procedido á la cura de esta enfermedad en lo relativo á los pobres, y si solo se tienda á la conservacion de aquellos desgraciados, prolongando su existencia y evitando por todos los medios posibles el que puedan atentar contra si mismos, ó hacerse algun daño en su cuerpo si son acaso furiosos, lo cual se consigue sujetándolos con cintos, es-

posos ó grillos, el tiempo que daren aquellos conatos á la propia destrucción.

Si caen malos de enfermedad mortal, son asistidos con esmero hasta su último suspiro, y algunos han recobrado su razón perdida en aquel trance, y recibido los consuelos de la religión. La mayor parte no sanan, ni se les conoce mejoría ni adelanto alguno; antes por el contrario el tórax y trato continuó que tienen mutuamente unos con otros es causa de acabar de perturbar su entendimiento, y completar una demencia que quizá en un principio no fue más que una manía tolerable. Esto se advierte á las claras en los enfermos que llevan en este local algunos años; no puede hallárseles alguna manía seguida, ni coherencia de palabras, en lo relativo á ella, y si solo no se oyen de sus bocas mas que un cúmulo de desatinos y vaciedades profiriendo á veces la idea ó manía primordial, que fue quizá causa de su desgracia. Víctimas acaso los unos de alguna intriga ó meditada persecución, algunos pasan sus días en continuas quejas y súplicas; creen tener á la vista el objeto odioso causa de su ruina; se enfurecen y tiemblan luego en seguida, esperando un castigo que nunca llega, y que cada vez se les figura mas horrible. La sospecha de un atroz delito, el miedo de la pena y de la infamia es capaz de pervertir el uso de la razón á un genio pusilánimo, y mucho mas si en su cerebro se encuentran algunas disposiciones. No hay pasión vehemente que no pueda causar tal estrago; pero mejor que todas el susto ó destemplada ira, porque son mas violentas y afectan mas de lleno á la imaginativa; y si aun queda alguna chispa de razón, despues de llevados á cabo tan lastimosos efectos, está tan oculta que es difícil y solo obra de mucho ingenio, ó de una casualidad el acertar con ella. Algunos ejemplares de estos se han conocido en este establecimiento, pero son muy raros, y en los más la razón completamente apagada nunca por mas que se sople, puede producir el mas leve resplandor.

Temblemos á la vista de un estado tan deplorable al que facilmente podremos ser conducidos por causas imprevistas, sin darse en la completa sanidad, y despejado talento, pues en los de esta clase se ven mayores estragos, así como un golpe daña menos la máquina de un reloj sencillo que la fuerte y complicada de una repetición preciosa.

N. MAGAN.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Conclusión. Véanse los números anteriores.)

V.

LA PLAZA DEL ZARZAIN.



As que medianamente concurrido se hallaba aquella mañana el mercado. En un extremo de la población se extendía una sancha plaza llamada el Zarzain, rodeada de graneros y almacenes, sitio público, mercado ó feria, lleno siempre de curiosos, ruidoso siempre, frecuentado por todos los

moros agricultores de las cercanías. Bacostrados en mantas rojas que les servían de tapices, envueltos en sus albornoces rayados, aguardaban indolentes la llegada de los compradores. A la derecha solo se veían frutas y granos: los limones, las naranjas, los afamados alhércigos de la sierra estaban amontonados junto á los montes de dorado trigo, y entre las anchas mazoreas de maíz. Sobre la izquierda, en un terreno arenoso y llano, paseaban los chalanes sus caballos berberiscos y cordobeses cubiertos de flecos de seda, para escitar la codicia de los castellanos, poco acostumbrados á manejar tan hermosos animales. Así es que frecuentemente rodaban por el suelo los soldados de Castilla, sin poder enfrenar la furia de sus indómitos bridones, mientras pasaban los ágiles moros dominando con una cinta sus fogosos corceles, entre corbetas y saltos, ó pisando ante los corros del pueblo apiñado que aplaudía su destreza y habilidad. Mas abajo en un rincón de la plaza, bajo tiendas de pintada lona, se situaban los mercaderes que esponían á la vista del público los ricos chales, los tapices de Persia, los albornoces de Sevilla, y los bien templados alfanjes de Damasco.

Todo era movimiento y vida en el poblado recinto: el relincho de los caballos, los aplausos de los curiosos, el vocerío de los vendedores se confundían con ecos discordantes y estrepitosos. Pero para un observador atento y desocupado revelaba aquella plaza secretos y misterios que solo la indiscreción ó el tiempo podían descubrir. Siete ó ocho sarracenos pasaban como distraídos entre los bulliciosos grupos, hablando en voz baja, repitiendo siempre unas palabras convenidas que tan bien pudieran ser una señal como parecer un aviso. Y con grande hospitalidad los acogían, porque apenas los habían escuchado, cuando todas las frentes se desorrogaban, y los gritos y la jácara comenzaban con mas fuerza, fuese para saludar su venida, ó para disimular su llegada.

Dos castellanos paseaban á lo largo la plaza, y eran el objeto de la atención general. El uno era Rodrigo Diaz Ponce, adelantado de la frontera: despues de la muerte de su padre, nadie le disputaba esta preeminencia: su grado en la milicia, su valor en las batallas y sobre todo sus desgracias recientes le atraían el homenaje de sus honrados y leales compañeros. A su lado estaba Gonzalo de Vargas, jóven guerrero lleno de orgullo, de pasiones fogosas y vehementes, pero valiente en los combates, sereno como nadie en los peligros.

En esta turba de miserables esclavos, decía á este tiempo á Rodrigo, hay una alegría inusitada que me sorprende: este pueblo tan feróz, tan uraño se divierte hoy con cualquier cosa. Por vida mía, ó celebran nuestra derrota de la sierra, ó encubren algun proyecto hostil bajo su disimulada algarazara.

— No creas, replicó Rodrigo, que estas envilecidas criaturas se lamentan de su opresión: acostumbradas á obedecer nos temen y no piensan en levantarse: si hubieran habido en estas almas una centella de valor hubieran luchado ya como sus hermanos de las campiñas: pero son cobardes, y nos sufrirán siempre como nos han sufrido hasta aqui. Pero ahora, dime ¿has cumplido lo que ofreciste? ¿Tenemos ya los vestidos que nos faltan para nuestra atrevida expedición? Si el moro llevó los albornoces y los turbantes, esta misma noche podremos salir, y mañana, mañana estará mi padre vengado, consagrada á Dios mi hermana profanada, ó mi cadáver servirá de alimento á los cuervos de los campos: qué importa la muerte si lavamos la mancha que nos cubre, si conseguimos antes de morir la venganza que anhelamos?

— Todo está dispuesto, replicó el guerrero: pero

marchemos pronto: no sé por qué, pero mi corazón me dice que antes de poco ha de ser necesaria aquí nuestra presencia.

Ambos abandonaron la plaza, y se perdieron entre los oscuros arcos que á la calle del Algarbe conducían. Entonces los corrillos se agruparon: algunas palabras de Maza escitaron las aclamaciones de la muchedumbre, y todo quedó en un silencio profundo, interrumpido luego por la ronca voz de los vendedores del mercado.

VI.

LA VENGANZA Y EL COMBATE.

Iba á salir el sol; sus rayos primeros iluminaban las crestas de la sierra: en el castillo de Aben-Gazan todo está en movimiento ya: los ginetes contienen la impaciencia de sus bríosos caballos que arañan la tierra aguardando la hora de marchar: el jeque en un aposento dá las órdenes á sus servidores.

— «Que avisen á Ibrahim;» — un esclavo salió, y á pocos instantes volvió con un moro alto y de resuelta fisonomía.

«Tú conoces los desfiladeros de las montañas, y has mandado nuestros escuadrones en muchos combates: reúne toda la tropa disponible, y marcha sobre la ciudad: cuando el sol lance á plomo sus rayos de fuego, has de estar á la vista de las murallas. Antes te alcanzaré yo, pero sino llegase á tiempo, no te detengas: pon atento oído, y escucha: un clarín sonará dentro de la ciudad: ataca entonces cualquier puerta; antes que todo es salvar á nuestros hermanos que se levantan dentro de Jerez por la causa común: y si por una fatalidad no permitiese el profeta que esté reunido contigo, si fuesen cortas tus fuerzas para apoderarte de la ciudad, resiste al menos hasta mi llegada; salva á nuestros hermanos, te repito: yo aguardo aquí á los jeques de Occidente: Gialfar ha ido en su busca: dentro de poco nos uniremos, Ibrahim, y arrojaremos para siempre al cristiano de la ciudad sagrada.»

El moro se retiró, y á pocos momentos se oyó el ruido de los caballos en el patio: otro instante... y los escuadrones sarracenos se perdían á lo lejos entre una nube de polvo.

Solo quedó Aben-Gazan: sus pasos impacientes median la sala; sus ojos se volvían á cada momento con inquietud hacia la llanura: nada, silencio y soledad. Si no viniesen: pensaba tristemente el moro: dirían... oh! poco me importa lo que dijeran... pero la esclavitud de mi patria, el suplicio de mis hermanos... mañana empresa fallida... este pensamiento es por sí solo bastante á hacerme morir.

Oh! no me abandones! murmuró trémula y doliente una voz á su lado. Aben-Gazan volvió la cabeza: Inés lloraba en un almohadon, y volvía hácia él su mirada suplicante.

El moro se estremeció al escuchar los ecos de aquella voz querida: por un instante le abandonó su resolución, pero recobrada su firmeza, se acercó á consolar á su amante. Te lo he dicho, exclamó con tono cariñoso: mi ausencia será corta, y es la última: lo oyes? es la última: mañana habré cumplido mi deber y mis promesas: mañana vuelvo á tu lado para no separarme mas: tú decidirás entonces de mi suerte: desde mañana no tengo patria, no tengo ley, solo tengo amor.

Aben-Gazan cogió la mano de Inés y la llevó respetuosamente á su labio: la coetiva se levantó de repente, y dos moros cubiertos de albornoces blancos se presentaron repentinamente á su vista.

«¿A qué venis aquí? exclamó colérico el jeque sarraceno: perros! os atrevéis á parecer ante vuestro señor, sin prevenirlo? En mis patios esperan los que quieren hablarme: en esta sala se entra sin mi permiso, pero solo para dejar la cabeza.

— No venimos á interrumpir tus dulces coloquios, Aben-Gazan, pero tenemos que hablar, y el tiempo vuela. — Goza en el seno de esa infame cristiana que robaste, traidor, á sus padres, pero ven. En cuanto á tí, Inés Diaz Ponce, reuégada de tu fé, infiel á tu patria, ingrata á tu familia, estrecha entre tus brazos al enemigo de tu Dios, y al besar su mano, deleítate en tu júbilo, porque esa mano está manchada con la sangre de tu padre degollado en Gibalbia.

«Perro! vas á morir: exclamó frenético de furia Aben-Gazan.

— Al fin nos encontramos. — Respondió el encubierto moro: tengo sed de tu sangre, y voy á beberla. Su albornoz cayó de repente á sus pies: su mano atrejó el turbante, y ante los atónitos ojos del jeque y de su amante temerosa apareció fría y severa la figura de Rodrigo. Armado de punta en blanco, cubierta la cimera con eslutado crespon, al lado de Gonzalo de Vargas, parecía que sus miradas de fuego caían sobre sus enemigos para anonadarlos. Ven, valiente jeque, ven. Tus hermanos quedan en la sierra: ¿serás tan atrevido solo como insolente en su compañía?

Aben-Gazan sacó su dorada simitaca: los dos cristianos estaban preparados ya.

¿Dónde están tus esclavos? preguntó fríamente Rodrigo? Estás solo: ya lo veo: los guerreros castellanos no acostumbran á combatir sino cuerpo á cuerpo, uno á uno. Gonzalo, retírate: ya sabes el paso de la sierra: aquí quedo yo: aguardame en la ciudad; no me oyes? retírate.

Con alguna repugnancia se conformaba á tan terrible mandato el valiente guerrero: al fin salió amenazando y maldiciendo: el galopé de su caballo se escuchó á los lejos entre las estensas alamedas.

— «Ay de tí! perro sarraceno! Castilla y Santiago! exclamó el adelantado de la frontera y se arrojó impetuosamente sobre el moro: apenas podía este parar los golpes terribles del frenético cristiano. «Oh! deteneos! exclamó Inés, y acudió á separar á los combatientes. — «Retírate! vete al lado del infiel, dijo Rodrigo: Inés cayó: la espada de su hermano había atravesado su seno: su sangre salpicó las ropas de su amante.

«Asesino» — exclamó con ronco acento el moro: los aceros volvieron á cruzarse, el castellano mejor armado, mas fuerte, luchaba con ventaja en la reducida sala donde no podía desplegar el sarraceno su agilidad y destreza: la espada del cristiano cayó al fin como una traza sobre su frente, hundiéndose el turbante y haciéndolo arrojarse con la violencia del golpe: allí combatía el sarraceno: lleno de furia disputaba la victoria á su adversario; pero la sangre que caía en anchas gotas de su abierta cabeza inundaba su semblante y cegaba sus ojos. — Iba á caer, pero antes de morir recogió sus fuerzas: su alfanje tocó la cara del cristiano, pero su desmayado brazo no pudo dar violencia al golpe: cayó el sarraceno, y su cabeza fue á reposar en el seno de la moribunda Inés.

Rodrigo contempló durante un momento este espectáculo doloroso: una lágrima se asomó á sus párpados; pero este momento de flaqueza pasó como una nube: sacando de su cintura la afilada daga, se acercó al cadáver palpitante del moro: la cabeza quedó separada del tronco, goteando sobre el esmaltado pavimento. — Rodrigo apartó con el pie el cuerpo de su profanada hermana, y exhalando un angustioso suspiro bajó al desierto patio del

castillo. El caballo berberisco del jeque estaba atado á un poste, ricamente enjaezado, aguardando á su Señor.

El precipitado galope de muchos bridones se oía á lo lejos: el ruido se acercaba cada vez mas: al fin el castellano divisó entre una nube de polvo los escuadrones sarracenos: á su frente venía Giaffar.

Rodrigo entonces monta en el soberbio berberisco que relincha de impaciencia; coloca en el arzón de la silla la cabeza de Aben Gazan envuelta en un paño blanco: pero el cristiano ha sido visto: Giaffar se lanza á escape detrás de él seguido de un enjambre de moros: el castellano se inclina sobre el caballo que vuela como un águila por las arenosas alamedas: el arroyo del sepulcro está á la vista: Rodrigo suelta las riendas, y el generoso brido se lanza á la otra margen dejando á los moros llenos de furia impotente.

Y siguió, y siguió el cristiano hasta divisar las agujas de Jerez: un estrépito, un vocerío á que no estaban acostumbrados sus oídos vino á sorprenderlo de repente: los clarines sonaban; rechinaban las armas. — «Paso, perros!» exclamó Rodrigo al llegar á la puerta de Gulhamar. — Muza y Almanzor estaban allí. — Muero, exclamó el primero, hijo de infieles, verdugo de los buenos: diez lanzas tocaron á la par el pecho del cristiano: la sangre corrió á torrentes por las junturas de la coraza.

Tomad.» — Exclamó al caer y arrojó la cabeza de Aben-Gazan á los pies de los moros: la palabra espiró en sus labios: Rodrigo Ponce no existía. — Los sarracenos habian sacudido el yugo de sus conquistadores.

C. B.

POESIA.

LOS ASTROS Y LA NOCHE.

Romped las nieblas que ocultando el cielo
Cor en los aires en flotante giro,
Y derramad sobre el dormido suelo
Vuestros lucientes rayos de zafiro.

Lucid! lucid! el ánima afligida
Siente sed de ilusión, sed de esperanza,
Ya que preside á mi angustiosa vida
Negro fantasma de eternal venganza.

Ay! yo no sé de mí: no me comprendo:
Ardiente el alma en su ambición deces
Otros fatales gozos que no entiendo,
Que cruzan como sombras por mi idea!

Vil juguete tal vez de la fortuna,
Siempre causado y solita lo vago,
Cual viene que por lóbrega aguna
Trocó las aguas del nativo lago.

¡Quién me volviera las fugaces horas,
Ay! tan fugaces cuanto fueron bellas,
Cuando en las playas de la mar sonoras
Contemplaba la luz de las estrellas!

Solo el rogar del piélago escuchando,
Embragado en la atmósfera marina,
Volaba el pensamiento, arrebatado
El alma ardiente á la región divina.

De la fé sobre el ala sostenido,
Cruzala por la bóveda ondeante,
En la sublime inmensidad mecido.
Navegando entre globos de diamante.

Y siempre, y siempre me humillé postrado
Ante las puertas del eterno imperio;
Y nunca pude penetrar osado
De esa esfera clarísima el misterio.

¿Sois las mansiones en que aguarda el alma,
Libre ya de esta misera existencia,
A recibir, en espítoria calma,
Esa que implora angelical esencia?

¿Sois tal vez los magníficos palacios,
Trono inmortal de fulgidos querubes,
Cortando en su carrera los espacios,
Rompiendo escollos de doradas nubes?

¿Sois los faules que en su vago vuelo
Cuiarán al hombre en las etéreas salas,
Cuando triunfante y justo alcance el cielo,
De la oración sobre las blancas alas?

Cuando estasiado en lánguida tristura
Llega á mis ojos vuestra luz serena,
Quiébranse mis recuerdos de amargura,
Cual la espuma del mar sobre la arena.

No sé que acentos de entusiasmo y gloria,
Blancos fantasmas que en silencio giran,
Despiertan al pasar en mi memoria
Con las mágicas voces que suspiran.

Mi existencia está aquí: yo tengo un alma
Que no abate contraría la fortuna;
Capaz de hallar, como Endimion, la calma
En los trémulos rayos de la luna.

El sol! el sol magnífico, inciente
Me agobia con el peso de su lumbré:
Oh! nunca llegue el astro del Oriente
A traspasar del monte la alta cumbre!

Quede en las nubes de su triste ocaso,
El eje ardiente de su carro roto,
O arrastre triste el moribundo paso
Por otro suelo frígido y remoto.

Su luz pesada como el plomo oprime
Yo no quiero su luz; uno la sombra,
Que este retico lóbrego, sublime,
Si espanta el alma, ni la mente asombra.

Bajo las ramas del ciprés doliente,
En mi pereza muella descansado,
Dejo el triste vaiven de lo presente,
Busco el grato solaz de lo pasado.

Bellas venis, visiones de placeres,
Gratos recuerdos, sombras amorosas;
Bellas venis, dulcissimas mujeres,
Verdes praderas, flores olorosas.

Con el nocturno zéfiro os respiro;
De las estrellas con la luz os veo;
Y con sed ardentísima os aspiro;
Con pasión vehementísima os desfo.

Mas no: volad, espíritus amantes;
Respetad, ay! de un mísero la calma:
Pasareis caprichosos, inconstantes,
Y luego inquieta dejareis mi alma.

Solo en vosotros fijaré mis ojos,
Astros brillantes, admirables faros,
Que en la triste ansiedad de mis enojos
Solo me queda fé para adoraros.

Derramad blanda luz sobre mi frente;
Y cuando el aire se colore en grana,
Viéndoos morir sobre el purpúreo Oriente
Me hallará solitario la mañana.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.